

con que viene al mundo la pobre naturaleza del hombre caído. Combatir desde el principio de su aparición esas desordenadas tendencias, ayudar eficazmente al niño, débil de suyo y todavía más debilitado por el virus que trae en las venas del alma, á desarraigar esas inclinaciones que tanto le afean y descomponen, debe ser la labor fecunda de la autoridad paterna dirigida por el celo y la prudencia cristiana. Pero ¡ah! ¡cuánto dista de la teoría la práctica corriente! ¿De cuántos de esos vicios, que no defectos, de los niños no es responsable la debilidad de carácter de los padres? Y si no, decidme vosotros, que conocéis mejor que yo el terreno que pisáis, ¿no son ellos mismos quienes los toleran á sabiendas, y á las veces, por extraña aberración, los fomentan y estimulan? ¿no dan en todo y por todo la razón á los hijos, cegados sin duda por el cariño? ¿no encuentran justo el enojo de los pequeñuelos? ¿no llegan hasta el extremo de aplaudir y celebrar como gracejos, las pequeñas venganzas que toman de quienes los ofenden? Y con todo esto ¿no los hacen ellos mismos tan caprichosos y dominantes que parecen sultanes en miniatura? Hay más, y es que con injustificables preferencias excitan en el corazón de los que se sienten desdenados, la pasión de la envidia y de los celos, que no sólo los mortifica y consume, sino que puede alcanzar un espantoso desarrollo que produzca la desgracia de toda la familia. Es justo, dice San Ambrosio, que obtengan iguales favores los que por naturaleza y condición son iguales¹.

II. En cuanto á los jóvenes hijos de familia, no debe creerse que, por haber pisado ya los umbrales de la libertad, están menos obligados á someterse al yugo suave de la autoridad paterna. Lejos de eso, al atravesar el hombre la edad más peligrosa de la vida, está más necesitado que nunca de la dirección y el gobierno de los representantes

¹ S. *Ambr.*, lib. de Ios. Patr. c. 2.

de Dios sobre la tierra. ¡Pobres adolescentes imberbes que sueñan ya con los encantos ilusorios de la libertad! No saben qué vientos tan borrascosos corren por esos mundos, amenazando hundir la frágil navecilla en el mismo momento de lanzarse confiados á los mares de la vida. No es difícil descubrir las tendencias viciosas de la juventud, y cierto que de grande energía y no menos delicado tacto han menester los padres para contrarrestarlas, á fin de que el hijo no se pierda arrastrado por la corriente del siglo. El siglo, tan tolerante con el mal como intransigente con el bien, es hoy por hoy el mayor enemigo de la virtud del joven. Pero ¿quién es capaz de persuadir á éste de que el mundo es su enemigo? Sólo la voz de la fe, la voz de la conciencia, la voz autorizada de un padre cristiano en sus máximas y costumbres. El materialismo y la incredulidad son los dos horribles monstruos en cuyas garras caerá el joven inexperto, si la piedad y la educación no lo salvan. Aquí, pues, es donde ha de apurar todo su celo y sus cuidados la vigilante autoridad paterna. Salvada la juventud, está salvo el honor de la familia y asegurado el porvenir de la sociedad.

SEXTA CONFERENCIA.

La libertad: su concurso en la educación.

I. Hemos visto, hermanos carísimos, de cuánto peso es el principio de autoridad para la obra magna de la educación. Hoy os invito á considerar cuánto influye en ella otro principio, al parecer antitético, el de la libertad. En las obras de Dios, así en las que se desarrollan en el orden de la naturaleza, como en las que pertenecen al de la gracia, jamás nos cansaremos de admirar la armoniosa economía. Así, concretándonos al orden moral, que participa de entrambos y es la más elevada de las esferas del

ser humano, nada hay tan maravilloso como la correlación de estas dos grandes fuerzas, cuyo equilibrio lo mantiene, la autoridad y la libertad. Al parecer estas fuerzas, como dotadas de tendencias contrarias, la una de expansión, la otra de restricción, se resuelven en la destrucción, convergen á la nada; y es precisamente lo opuesto: no hay fuerzas más convergentes á un punto real y positivo, cual es el mantenimiento del orden moral. Dos electricidades de nombre contrario, al reunirse estallan produciendo la luz y el calor, poderosos elementos de vida. Así la autoridad y la libertad, combinadas en la voluntad humana, producen el acto moral, el bien, la perfección. No es, pues, la autoridad como algunos se figuran, forjando de ella un fantasma aterrador, enemiga y destructora de la libertad, ídolo de los humanos corazones. Para convencernos de ello bastaría reflexionar en que Dios, la primera autoridad, la autoridad absoluta, y que, como tal, nos impone una ley eterna, inquebrantable, nos ha dotado al mismo tiempo del precioso don de la libertad, siendo Él mismo libre y libérrimo para crearnos y conservarnos la existencia, y, lo que parece más admirable, respeta Él mismo en nosotros la libertad que nos ha dado, como lo da á entender aquella maravillosa frase de la Escritura, según los intérpretes más respetables: *Cum magna reverentia disponis nos* — «Con gran reverencia nos gobiernas.»¹

2. Tratándose, pues, de una obra eminentemente moral como es la educación, ¿cómo podría faltar este elemento perfeccionador, complementario de la autoridad, la libertad humana? No temáis, sin embargo, que por exagerar su importancia vayamos á falsear, por decirlo así, los cimientos de una obra que descansa esencialmente sobre la base de la autoridad paterna, y más todavía sobre la roca de la autoridad divina, ensanchando demasiado, con ciertas

¹ Sap. 12, 18.

escuelas, los derechos y el alcance de aquélla. No, porque esto sería desvirtuarla. Defenderemos sí la necesidad de su concurso, pero señalaremos también sus naturales fronteras, y, en el terreno de la práctica, indicaremos algunos puntos en que debe restringirse. Hoy que tanto y tan acaloradamente se debaten las cuestiones sobre la libertad, dado que siempre haya tenido importancia esta materia en las escuelas católicas, filosóficas y teológicas, el asunto de la presente conferencia no puede menos de interesar vivamente á todos los que se preocupan por el bien de la sociedad, pero principalmente á los padres de familia.

I.

3. Empecemos por sentar la verdadera noción de la libertad humana según la sana filosofía y la doctrina infalible de la Iglesia. ¿Qué es, pues, la libertad? ¿con qué objeto ha hecho Dios este rico presente á su criatura racional? Preciso es darse cuenta exacta de estas cuestiones para estimar en lo mucho que vale este don precioso y poder medir también su inmensa responsabilidad, según la sentencia evangélica: «Á quien mucho se le ha dado, mucho se le exigirá.»¹ La libertad —entiéndase la libertad moral— no es el derecho que presume tener el hombre de hacer todo cuanto le place, sea bueno ó malo moralmente, conforme ó contrario á la ley, porque tal derecho sería contradictorio y absurdo. Lo malo dejaría de ser tal desde el momento que el hombre tuviese el derecho de hacerlo. La libertad verdadera, legítima, que ennoblece al ser racional y le sublima sobre los irracionales, acercándole á Dios, es la facultad de elegir el bien por propio impulso, ó sea, de hacerlo por propia elección, no por fuerza física exterior ó impulso interno irresistible. Y no es ni ha podido ser otro el objeto con que el soberano Autor de la natu-

¹ Luc. 12, 48.

raleza ha dotado al hombre de esta prerrogativa, que es, por otra parte, consiguiente á la posesión de la razón. Porque, en efecto, razonando se conoce el bien, éste se propone á la voluntad, la solicita porque es su objeto natural, mas no siendo el bien absoluto y supremo, no la atrae con fuerza irresistible; puede, pues, la voluntad rechazarlo, pero lo abraza y lo hace suyo por su propia actividad, dejando otros bienes relativos, que también pudiera abrazar, pero rechaza. He aquí en lo que consiste el libre albedrío, en amar el bien sin coacción ni violencia, siguiendo, eso sí, las luces del propio arbitrio ó juicio, y siendo dueño ó árbitro de sus propias determinaciones. No piensa de este modo la bárbara escuela llamada del *determinismo*, que nos hace esclavos de no sé qué fatalidad ó fuerza invisible situada fuera de nosotros, de la que somos juguetes inconscientes. Así rebajan estas modernas doctrinas la dignidad humana, así le quitan al hombre todo el mérito, si es virtuoso, y lo despojan del demérito, si es vicioso ó criminal. Juzgad del influjo de estas ideas, que se nos venden por lo más elevado de la ciencia, en orden á la educación, lo mismo que en orden á la moralidad.

4. Mas prosigamos nuestro análisis de la libertad. Así considerada, que es como debe considerarse únicamente, la libertad es la aureola de gloria que ciñe la frente del rey de la creación sensible, colocándole á infinita distancia del reino animal contra las bajas pretensiones de ciertos naturalistas descastados. Mientras que el sentido, esto es, la percepción puramente orgánica de los cuerpos y sus cualidades, fascina al bruto, y el apetito ó inclinación sensitiva lo arrastra de un modo fatal, irresistible, haciendo de la bestia un miserable esclavo del placer ó una víctima del dolor físico, la razón, luz superior que conoce el bien honesto ó útil, descubre á la voluntad su noble objeto, convidándola á apoderarse de él para perfeccionarse, no

seduciéndola ni ejerciendo sobre ella ningún linaje de violencia, y ella, con actitud de reina y en uso de su soberanía, lo abraza ó lo rechaza como le place. Tal modo de obrar, carísimos hermanos, en la prosecución del fin, es digno de seres superiores, como los que poseen la inteligencia, entre los cuales, aunque en la última serie, figura el hombre, á pesar de las pasiones ó fuerzas animales y ciegas que procuran degradarle de su elevada posición. Pero esta misma circunstancia que da á la voluntad humana un carácter militante, bien considerada, lejos de apocar, agranda el mérito de la libertad, siempre que la hace triunfar de la fuerza del apetito en favor de la virtud. ¡La virtud! ¡ésa es la verdadera nobleza del hombre, la corona de la libertad! No consiste la virtud precisamente en obrar bien, sino en triunfar del mal, empleando la fuerza moral (*virtus*) para hacer el bien *libremente*. El tierno infante, incapaz de traspasar la ley, obrando bien por necesidad, no puede llamarse virtuoso, ni merece el laurel que corona la virtud. En él sólo pueden ser coronadas las victorias de Cristo, que le atribuye sus merecimientos. Virtuoso hasta el heroísmo es el varón de que habla con entusiasmo el escritor sagrado «que pudo ser transgresor y no lo fué, obrar mal y no lo hizo»¹. Con razón exclama: *¿Quis est hic et laudabimus eum?* — «¿Quién es éste, y lo alabaremos? Este tal ha obrado maravillas.»²

5. Para quien se ha formado el verdadero concepto de la libertad es evidente la necesidad de que se la convoque á tomar parte en la obra de la educación tratándose de formar por medio de ella un ser humano para la virtud. Si la virtud en el hombre no puede concebirse sin el concurso de la libertad, ¿cómo podrá concebirse tampoco sin él la educación? La labor de ésta consiste en ir desarrollando gradualmente en el espíritu y el corazón del niño

¹ Eccli. 31, 10. ² Ibid. 31, 9.

los preciosos gérmenes que allí depositaron la naturaleza y la gracia, para llegar á formar al hombre, al varón perfecto moralmente, según el modelo del hombre nuevo en Jesucristo. Y ¿podría llevarse á cabo la empresa de realizar este bello ideal de perfección, manejando al niño como autómeta? ¿podría impulsársele en determinada dirección como una máquina? No por cierto, y en este sentido no cabe entender la disciplina, que debe ser siempre racional. Dos cosas parecen igualmente necesarias en la educación: valerse de la libertad del niño para manejarlo suavemente, y enseñarle á que se gobierne él mismo y sepa ordenar su vida por el buen uso de su libertad. Para conseguir lo primero hay que hacerle comprender, desde el momento que sea capaz de ello, que suele serlo aun antes de que alboree la razón, el porqué de lo que se le manda que, en definitiva, no puede ser sino el bien del mismo á quien con tanto afán se le procura, el bien no siempre aparente y agradable, sino verdadero, que es el único móvil de la autoridad paterna, ya sea en la disposición de las cosas, ya en la corrección y el castigo necesario de las faltas. Así se logrará que el niño, venciendo sus naturales repugnancias, quiera lo que se le ordena, encuentre placer en guardar el orden y en cumplir con sus deberes, obedezca con amor, no con tortura ni por miedo que apoca y envilece, entrando él mismo, como obrero inteligente y útil, á labrar su propia perfección. ¿No os parece, carísimos hermanos, que éste y no otro es el camino racional que debe seguir la educación? ¡Oh! ¡y cuánto no se facilitaría con este método el trabajo, así del que la da como del que la recibe! Educar de esta manera sería una deliciosa ocupación, más deleitable que la del artista que modela una hermosa estatua de héroe ó pinta en el lienzo un rostro de ángel. Y ya se ve que por este camino se llegaría á obtener el segundo resultado, el de mayor trascendencia, como es que el niño se forme

la verdadera noción del bien obrar, para llevarla de guía de su conducta durante toda su peregrinación por esta tierra de luchas y de triunfos. Larga y penosa campaña se le espera, y es preciso armarle para el combate y prevenirle para la victoria. Adiestrándole á usar bien de su libre albedrío desde los primeros vacilantes pasos de la vida, aprenderá á luchar, á vencerse á sí mismo, hará que triunfe la virtud sobre las flaquezas de la porción inferior de nuestro ser, que sólo halaga para esclavizar. Y oponiéndose á la corriente devastadora del siglo, se declarará partidario, no de una libertad mentida y corruptora, de la libertad de perdición, que decía León XIII, sino de aquella que la Escritura llama «libertad de los hijos de Dios»¹, que es la verdadera libertad cristiana.

6. De esta manera se llegará á alcanzar el *desideratum* de la educación, la formación del *carácter*. Obra es ésta á que deben concurrir juntamente la naturaleza y el arte, la religión y la moral, la escuela y el hogar doméstico; pero no cabe duda de que las bases fundamentales, dado un terreno adecuado, debe ponerlas la primera educación, la que tiene por obrero al padre de familia. Desde la misma infancia debe empezar esta obra maestra, ya que desde entonces puede malearse el carácter del hombre, ó bien, por la impericia ó el descuido, puede hacerse imposible más tarde su formación, debilitadas ó destruidas las primeras energías del espíritu. ¿Quién no ha oído el clamor público de la parte sana de la sociedad, que se lamenta de la falta general de hombres de carácter? ¿quién no conoce los esfuerzos que se están haciendo en este sentido de algún tiempo á esta parte en las escuelas oficiales? Laudables ciertamente son todos los medios que se empleen para remediar esta falta, que es la anemia de la sociedad presente; pero ineficaz será su aplicación si

¹ Rom. 8, 21.